

EL ESPAÑOL, ¿AREA LINGÜÍSTICA ARCAICA?

En un artículo que acaba de publicarse en *Studii și cercetări lingvistice*, 1964, XV p. 7 y siguientes, he intentado demostrar que Matteo Bartoli¹ se había engañado cuando, partiendo de una idea, teóricamente justa, ha sostenido que el rumano y el español son lenguas románicas arcaicas, a causa de su posición como áreas laterales respecto al interior de la Romania. La falta del conocido lingüista italiano es doble: de una parte, ha generalizado la aplicación de un punto de vista aceptable (pero sólo parcialmente); de otra, se ha basado casi exclusivamente en hechos de orden léxico, es decir, en el sector más lábil de la lengua. En mi artículo ya mentado he hecho una comparación entre el español y el rumano, considerados en el aspecto de su presupuesto carácter arcaico y concluyo que, en la mayoría de los casos, estas lenguas son innovadoras. Mi opinión corresponde a la realidad en una medida mayor en cuanto al español que al rumano, y, si se tiene en cuenta también una de las áreas centrales, a saber, el italiano, considerado por Bartoli como innovador por excelencia, resulta que su afirmación está aún más lejos de la verdad, es decir, de los hechos.

En lo que sigue voy a presentar, de una manera muy sucinta, algunos de los rasgos característicos del español que muestran, sin duda, que esta lengua tiene, en ciertos casos, una evolución muy avanzada.

A diferencia del italiano (y también del francés), con diptongos en lugar de *e* y *o* abiertas acentuadas del latín sólo en sílaba no cerrada, el español no hace ninguna distinción según la naturaleza de la sílaba y presenta diptongos (*ie*, *ue*) en todas las posiciones². Y como este fenómeno supone, frente al latín, una innovación, quiere decir que, al haberla generalizado, el español se muestra más innovador que el italiano (y el francés).

¹ *Introduzione alla Neolinguistica*. Ginebra, 1925.

² Las pocas excepciones no tienen importancia desde el punto de vista que nos interesa aquí.

Lo mismo sucede en el dominio del consonantismo. Me refiero, en primer lugar, a las oclusivas intervocálicas, que han llegado a ser fricativas en español y se han conservado en italiano, en sus dialectos centrales y meridionales. Las oclusivas sordas, antes de hacerse fricativas, se han sonorizado, es decir, se han confundido con las oclusivas sonoras. Se trata, por consiguiente, otra vez de una innovación del español, que lo acerca al francés, sobre todo si no se olvida que *-d* ha desaparecido hace ya bastante tiempo y un destino similar está reservado también a *-d-* (como prueba, por el momento, el participio pasado de los verbos de la primera conjugación).

Se podría añadir la desaparición de *-e*, por ejemplo, en los sustantivos del tipo latín *bonitas*, *-atis* y en el infinitivo de todos los verbos. Esta última modificación hace pensar en el francés (y el provenzal), es decir, en una de las áreas innovadoras de la latinidad.

La morfología española conoce igualmente rasgos innovadores. El más importante aparece en la flexión verbal. De las cuatro clases de verbos existentes en latín y que se han conservado en el francés y el italiano, áreas centrales, según Bartoli, por definición innovadoras, el español tiene sólo tres. No importa la causa de este fenómeno, que es, me parece a mí, la consecuencia de un hecho fonético, la acentuación sobre la última sílaba de las palabras con final consonántico.

Más importantes y creo más características son las innovaciones sintácticas del español. Ante todo hay que destacar la construcción del acusativo complemento directo de nombre de persona con la preposición *a*, construcción totalmente desconocida en las áreas centrales («innovadoras») y, al contrario, corriente en los idiomas románicos laterales («conservadores»), como el portugués y el rumano.

Otra innovación en la sintaxis, también «revolucionaria», es la repetición del complemento directo e indirecto bajo la forma de un pronombre personal átono (cf. *le he visto a Juan; le di a Juan el libro*). Como en otros casos, el español va siempre con el área periférica oriental de la Rumania, el rumano, pero no como se imaginaba Bartoli, presentando una situación arcaica, sino, al contrario, aspectos innovadores.

En cuanto al léxico, las cosas son, si es posible, aún más claras. Pienso no tanto en las palabras latinas hereditarias, que a veces parecen dar la razón al lingüista italiano, sino, sobre todo, en los elementos léxicos de origen árabe, que constituyen, por su cantidad y su frecuencia, una característica sobresaliente del español. Ninguna de las lenguas románicas (ni siquiera el portugués) puede compararse, desde este punto de vista, con el español. De unas 360 palabras árabes incluidas en *Romanisches*

Etymologisches Wörterbuch, de W. Meyer-Lübke, 307, es decir, el 85 por 100 —la gran mayoría son elementos primitivos (o fundamentales)—, pertenecen al español. Aunque no todas se empleen muy frecuentemente, confieren al léxico de esta lengua un rasgo innovador característico que la separa sensiblemente del francés y del italiano, áreas centrales y, según Bartoli, muy avanzadas en su evolución histórica.

A las palabras árabes debemos de añadir las de origen americano, que, aunque existan en otros idiomas románicos, son menos numerosas y provienen, en la mayoría de los casos, del español.

El carácter innovador de una lengua es, en primer lugar, producto de su contacto con otras lenguas, y no de su posición geográfica respecto del centro político y cultural, como se imaginaba el fundador de la neolingüística. En apoyo de mi afirmación podría invocarse el caso del francés y del rumano. A pesar de que uno representa un área central y el otro un área lateral (y, a la vez, aislada), ambos son innovadores (el francés más que el rumano), y eso, porque se han formado y después se han desarrollado en contacto con muchos idiomas extranjeros y de orígenes (sobre todo, el rumano) muy diversos.

IORGU IORDAN.